

Aquella noche resolvieron Tomás y dos compañeros de café ir a la Zarzuela a un baile «de chistera» organizado en obsequio a las madrileñas modistas.

Mal andaban de cuartos; pero su más grave preocupación estribaba en la carencia de las prendas vestuarias que para entrar en el baile exigía el ritual.

Tomás era el único de los tres que estaba en condiciones. Tenía traje de levita y sombrero de copa. Dan poco en las casas de préstamo por este género de prendas. De ahí que fueran las solas que el joven solía conservar; las otras se veían por papeleta y hasta se perdían sin salir de su cárcel.

Los dos amigos de Tomás, artistas incipientes como él, no tenían levita, sombrero de copa, ni cosa que se les pareciera. Sin padres o separados de ellos, porque los padres, hartos de bohemia les echaron del domicilio, o porque ellos lo abandonaron, apenas si

podían comer, cuanto más andar en lujos sastreriles.

Estos jóvenes y otros a ellos parejos formaban tertulia en el Café de Lisboa para desesperación del mozo del turno; pasaban allí las horas despiertas de sus días y todas las horas de sus noches llamando imbéciles a los consagrados; desmoronando, al golpe mortal de sus piquetas, las reputaciones más altas; recitándose unos a otros versos, artículos, escenas dramáticas, párrafos de novela, coreados por el auditorio con ¡Ahs! admirativos, con ¡Ohs! estupefactos, con gritos de asombro y estrepitosos palmoteos. A los palmoteos corría el camarero hacia la mesa, huérfana de consumo, y preguntaba: «¿Qué va a ser?»

— ¡Calla, no interrumpas, idiota! — respondían los genios oyentes. El genio parlante, luego de echarse atrás los cabellos, de poner los ojos en el techo y de garraspear con énfasis, proseguía su recitado o su lectura.

A este cenáculo, que por casualidad cenaba, concurrían mozos de alto ingenio. En todos había juventud, acometividad, anhelos de gloria. Ciertamente no era el mejor camino para llegar a la última, aquel consumir horas y horas hablando mal del prójimo, viviendo a lo haragán, cogiendo muy de tarde en tarde la pluma y recitando a plena voz composiciones que hasta el camarero sabía de memoria.

Vaya en su descargo el de ser todos casi unos niños: el mayor contaba los veinte. Ya les impondría la existencia la ley férrea del trabajo; ya se cuajarían

y se volverían hombres útiles; alguno, quizás, gloria de su patria y del Arte.

La juventud, con todas sus injusticias y todos sus orgullos, con todos sus ataques y virulencias contra quienes alcanzaron las cumbres, resulta muy simpática. En ella ni la acometividad es rencor, ni la censura envidia, ni la proclamación del propio valer estúpida inmodestia.

La acometividad obedece al ansia de abrirse camino, de ganar las cimas del éxito; corolario de este ansia es la negación de los consagrados. La proclamación de la propia superioridad, exordio es para darse aliento y no flaquear en la lucha.

Estas juventudes, estas auroras turbulentas y discólicas atraen y causan respeto afectuoso. Siempre brotan de ellas limpios rayos de sol.

Los repugnantes, los odiosos son los vencidos de esas generaciones, los que, ya viejos, fracasados, inútiles, no reconocen su vejez, su inutilidad, su fracaso, y siguen sumándose a las generaciones nuevas para envenenarlas, para hacerlas cómplices de su envidia de sapos, condenados a escupir hacia arriba desde los bordes de la charca.

Los dos aprendices de artista que pretendían ir con Tomás al baile, eran un pintor, Manuel López Guerrero, y un literato, Alejandro de Nava. Tenían gran talento los dos. Así tuvieran ropa negra y sombreros de copa, aunque éstos perteneciesen por su hechura a la época del Estamento.

Lo del negro traje, a medias podía resolverse. Ale-

jandro gastaba un terno azul que, de noche, y con misericordia de parte de los bastoneros y la Comisión receptora, por negro se podría admitir. Manolo afirmaba que la aguja de su patrona remozaría un *smoking*, ya por él desechado, y unos pantalones que criaban en los bajos melena; pero no tenía chaleco y corbata que concordaran con el traje.

— Un chaleco y una corbata blancos, tengo yo — decía Tomás —. ¡Algo estrecho andaré el chaleco!... ¡Bah! Soltando la hebilla, acaso no reviente.

— ¿Y los sombreros? Los malditos sombreros, esos bacines que lá moda aforra en seda y ribetea en gro — interrumpió Nava —, ¿dónde hallarlos? ¿Cómo hallarlos, aunque hubiésemos de achicarlos remetiéndolo nuestras más gloriosas cuartillas, nuestras estrofas de arte puro, entre la badana y el forro?

— Los sombreros se alquilan — dijo gravemente Tomás.

— Y ¿dónde alquilamos el dinero para alquilarlos? — le preguntó Manuel.

— El dinero..., el dinero. ¡Sí que es una dificultad!

— Es un imposible.

— Aguardad, ineptos — discursó Alejandro —. La dificultad es vencida. El baile no empieza hasta las doce. Son las diez. Dentro de una hora anocturnará don Elías por aquella puerta. Tenemos una hora. Escribamos en esos sesenta microbios de los siglos un par de artículos con sorpresa final. Mientras los escribimos, dibuja tú, Manolito, una caricatura. Serán treinta francos.

— Treinta francos, no — le respondió Manolo —. Los francos están al veinticinco. Serán treinta pesetas.

— Como te plazca, Apeles Urquijo. Serán treinta pesetas. Es decir, tres para los sombreros y veintisiete para las bacantes. ¿Qué tal?

— ¡Admirable! ¡Vengan cuartillas! ¿Quién tiene cuartillas?

— Yo. He merodeado cincuenta en ese periódico cuyo director me hace esperar siempre para no recibirme nunca.

— Pues andando. Es preciso que todo esté listo para cuando entre don Elías.

Don Elías era un excelente señor, antiguo farmacéutico, que, retirado de drogas con un capital respetable, dió en la ingrata flor del periodismo, fundando un semanario satírico. Llamábase *El Tábano*, y picaba bien a las veces.

No era el propietario rumboso: pagaba los artículos y los versos a treinta reales; los dibujos a diez pesetas. No obstante ello, los novatos revoloteaban alrededor de *El Tábano*, algo por hambre, mucho por ver en letra de molde sus producciones y sus firmas.

Para los dibujos no existía aumento de precio; para versos y artículos, sí. Si el artículo o la composición poética, que el propietario oía leer siempre al autor, tenía «final inesperado», se aumentaba en dos cincuenta el estipendio,

— ¡Hay sorpresa! ¡Hay sorpresa! — gritaba don

Elías —. ¡Hay sorpresa!... ¡La he sentido yo!... ¡La sentirá también el público!... Ahí le va a usted, geniazo.

Y arrojaba olímpicamente contra el mármol dos duros.

Vino don Elías a su hora aquella noche, y hubo sorpresa final en los artículos. La producida por el remate del artículo de Alejandro fué tan estupenda, que el ex farmacéutico convidó a cenar a los jóvenes.

— Un plato sólo, ¿eh?

A más, invítóles a un palco que para el baile, y en compañía de otro cotorrón de su especie, adquiriera.

Tocaba la orquesta una mazurca cuando entraron los jóvenes en la Zarzuela.

Alejandro estaba magnífico con su traje azul, depósito abierto de bencina, y su sombrero de copa angosta y alas planas; por bajo de éstas salía el negrísimo pelo, cortado a lo Daudet.

— Mi chistera es parisina, completamente parisina — exclamaba Alejandro —. Parezco un doctor de la Sorbona.

Tampoco hacía Manolo mal papel. Su copa alta era de buena moda: un algo ancho de alas tan sólo. El *smoking* parecía de veras, gracias a las complicidades de una tableada camisa y de una corbata y un chaleco blancos pertenecientes a Tomás.

Éste, con su levitilla entallada, su sombrero ladeado sobre la oreja y su pantalón abotinado, produjo en las modistillas extraordinario efecto. Ayudaron a él la arrogancia militaresca que aun conservaba el

mozo, sus bigotes a lo kaiser rizados, y sus claros ojos, llenos de alegría y audacia.

Algunas chulonas le comprometieron para bailar con ellas. Era galán de preferencia entre las del gremio.

El baile desbordaba en gente. Un murmullo cálido ascendía por la atmósfera pegajosa que al resbalar sobre los eléctricos focos se descomponía en polvillo arco iris. Entre el murmullo clarineaban gritos destemplados de varón, voces chillonas de hembra. La orquesta, aposentada en el anfiteatro, sonaba bajo la batuta del director. Iba ésta distraída, automáticamente, sin que la voluntad del maestro interviniera en sus aéreos dibujos. La mano diestra, suelta, sola, hecha a acompasar las mismas piezas, a las mismas horas y con el mismo orden, suplía la distracción del músico. Él, con los ojos entornados, dando rítmicas cabezadas, parecía dormir.

En torno a la orquesta, extendiéndose de escalón a escalón por el anfiteatro, hasta los sitios más oscuros, descubriáanse máscaras solitarias, que, con la careta sobre el pelo o hecha rebujo en el descote, roncaban estrepitosamente, turbando el compás de la música: eran madres más o menos auténticas de las que danzaban en la sala; viejas celestinas que aguardaban la hora de la cena arrebujándose en roñosos dominós de percal. Salteados entre aquellas brujas veíanse mamarrachos hombrunos: arlequines, pierrrots, guerreros con mallas de algodón y botinas de elástico; hidalgos de los siglos xvii y xviii, parejos

por su vestimenta raída y su catadura bellaca a quienes viven vida inmortal en la novela picaresca. Al límite del anfiteatro se recortaban parejas en semi-ayuntamiento. Los rayos confusos de luz que llegaban hasta ellas les daban tono de agua fuerte.

En los palcos y en las butacas, alineadas contra el borde de las plateas y hacia el fondo del desgarnecido escenario, rebullía un mujerío pintoresco; buenas mozas, que ceñían a sus talles ricos mantones de Manila, y ostentaban sobre sus moños peinetas de carey, sobre sus orejas y sus manos alhajas de puro relumbrón. Algunas llevaban el antifaz puesto, otras lo desprendieron para ofrecer a las caricias de la luz y al precio de los hombres caras juveniles de lineaje goyesco; perfiles morunos que transparentaban la lumbre del andaluz y el valenciano sol; caras de piel blanca, encuadradas por cabelleras rubias, que aun conservaban entre sus hebras el beso de los norteños aires. Habíalas disfrazadas de aldeanas, de bebés, de locura; habíalas en traje de calle, con chillonas blusas de seda y oscuras faldas de satén. Eran éstas mozas de baile; obreras por mitad, por mitad prostitutas, prontas a ganarse un jornal, si ello era menester; pero prefiriendo al jornal un viejo que les pusiera casa y les diera «parné» de largo para mantener a sus chulos.

Por aquel bazar de carne joven y asequible se movían hombres trajeados de *smoking*, de levita, de frac. Repartían entre las hembras copas, donde el champagne espumeaba o se revolvió el oro líquido

de la manzanilla y el jerez, y las obsequiaban con *sandwich*, ruedas de embutido, lonchas de jamón y de pavo. A veces se inclinaban ante ellas con finuras de cortesano; otras las abrazaban, afirmando públicamente su derecho a merçarlas. Las mujeres reían, restregándose contra las sillas, escorzando los bustos, dando al espacio voces maulladoras de gatitas en galaneo.

En el salón bailaban cientos de parejas, partiéndose en dos anchos y espumeantes ríos contra las hileras de curiosos que ocupaban el centro de la sala. Baile canalla aquél, oleaje lúbrico que avanzaba y retrocedía de un extremo al otro del patio en olas jadeosas para estrellarse sobre las barandas de los palcos, y los brazos de las butacas, y los terciopelos de las puertas.

Tomás bailaba con *la Avispa*. Debía ésta su mote a una cinturilla sutil y a una lengua cuyos dicharachos levantaban habones, aun entre aquellas gentes de cutis moral correoso.

—Perdido andas, galán—dijo a Tomás *la Avispa*—. Hace días que no se te ve por la taberna de la Paca. Tampoco fuistes antianoche a la Flor.

—Tengo mucho trabajo. Hay que madrugar para ganarse las pesetillas con que ayudo a mi madre y otras pesetas gracias a las cuales podemos permitirnos en casa de la Paca expansiones de judías con picadillo de jamón y golpes de morapio.

—La Paca te fía, y si no, chico, aquí me tiés. Ahora estoy de buenas. Lo menos, lo menos me bailan en

la faltriquera seis o siete «varés». Si hacen falta, dispón.

— Gracias; sabes que no soy de esos.

— Entre nosotros no es ello cuestión de chulería. Semos no más que amigos. De una amiga se pué tomar sin dretimiento cualquier cosa. Por lo que hace a tu vieja, bien procées no siéndola gravoso. Yo sostengo a la mía tal que si fuese la propia reina madre. Sus asquillos me cuesta; pero ¡qué puñema!, a tó se hace una: hasta al agua de Carabaña. Y oye, tú — continuó —, esta noche vas a conocer a una amiga nueva. No es que sea nueva del tó, sabes, sólo que ha estao recogía tres años con uno de la cuerda del juego y no la has podío conocer. El jugaor ha hecho fu; el chaval con quien ella andaba se ha largao a vestirse de sorche. Vamos, que la chica está libre y se ha plantao en el baile pa ver si cae pieza. ¡Mía que si le cayeras tú! Mejor le vendría un nublao. Cuando llegue el descanso espéranos en el café; allá iremos a tomarnos una ponchera. Si estás *après*, ya te lo dije: yo la habillo.

Hizo punto la orquesta, y *la Avispa*, despidiéndose de Tomás, se reunió a un grupo de mujeres.

En el café, a la vera de un velador donde humeaba una ponchera con más ron que te y con el ron de ínfima calidad, asentaron Tomás, sus amigos, con quienes emparejaban dos modistas, dedicadas a confecciones que no eran precisamente las propias del oficio, y la Ramona, una valenciana representante excelentísima de la hermosura de su tierra. Acompañaba

pañábala su querido, *el Susini*, un planista (1), buen mozo, simpático, maestro en la guitarra y admirador entusiasta de Tomás, quien en su vivir turbulento frecuentaba esta y otras no menos honrosas relaciones.

No tardó *la Avispa* en presentarse acompañada de una mujer que frisaba en los veintitrés años y reunía a la gracia de sus andares y a la esbeltez de su figura, espléndida cabellera negra, grandes ojos endrinos, picaresca nariz, y una boca, si no breve, bien endentada y toda gracejo por obra de la sonrisa que dibujaban los labios color de fresa.

— Señores — exclamó *la Avispa* —, aquí traigo a la criatura. Es un albaricoque toledano del huesecito dulce, que no tié ná, pero naíta que envidiar a los mejores del terreno.

— Por no ser menos que ellos — interrumpió Tomás — luce en el cutis de su cara pelusilla terciopelosa y pintitas de oro.

— Déjese usted de pintas — respondió Encarnación — tal nombre había la moza de Toledo —. Verdá que algunas pecas me salpican la piel. ¡Qué remedio, si han salío ahil... Pero las pecas no quitan la sé y yo vengo sequita, buen hombre. Deje los floeos pa después, si le da la basca por ellos, y llene dos vasos

(1) Ladrón cuyas artes consisten en dibujar el plano de alcantarillas, cuevas y lugares que han de recorrer para llegar sin dificultades al objeto del robo los bandidos que se dedican al *escalo*.

y sírvaselos a estas dos mujeres, que pa eso le fabricaron a usted dos manos, en vez de una, sus señores padres.

Era Encarnación muy atrayente, muy graciosa; sus grandes ojos mostraban, al abrirse, honduras difíciles de escudriñar; su boca, que por lo común se fruncía en actitud risueña, repetábase a veces, anunciando una voluntad firme; las pecas que esmaltaban su rostro, lo embellecían a cuenta de afearlo; eran raras, menudas, y resaltaban en el cutis pálido, según dijo Tomás, como puntitos de oro. Sobre esto, sobre la línea, sobre el dibujo material de la imagen, flotaba un algo indefinible que sugestionaba, llevando el deseo en solicitud de la posesión de aquella mujer, cuyas manos de deditos puntiagudos, teñidos hacia el remate de las uñas por el rosa natural de la sangre, dábanle apariencias de gran dama disfrazada de chula.

Bailaron juntos, y simpatizaron más que bailaron durante los diálogos que en los intermedios sostuvieron. Ayudó mucho a tal simpatía el ron bebido en el café.

Brazo a brazo salieron los dos de la Zarzuela; hombro con hombro se asentaron para cenar en la taberna de la Paca; a los postres se tuteaban; al saborear las «medias» de Cazalla se inclinó Tomás al oído de Encarnación, y dijo rozando con sus bigotes la oreja de la del hueso dulce:

—¿Quieres que nos vayamos juntos?

—¿Adónde?...

—Pues, nena, por ahí, donde nós den cobijo.

—¡Ay, nena! ¡Qué cubano se volvió el hombre! Pues no, nene; yo no necesito ir a ninguna parte, porque en la calle de los Dos Amigos, piso principal derecha, con balcón a la calle, tengo una casa más limpia que la patena del cura de San Marcos.

—¿Puedo yo visitar esa casa en cuanto salgamos de aquí?

—No es muy buena hora de visitas; pero, en fin..., algunas veces se abre.

—¿A los pobres también? Porque yo soy pobre. Sólo puedo ofrecer cariño.

—¿Y a quién sino a los pobres se les debe de abrir la puerta cuando piden por Dios? ¡Vaya, hermanito, que se hará la limosna!

—¡Encarnación!

—¡Ay Tomás de mis ojos, qué rebonitos son los tuyos!

—Aguarda que encienda—dijo Encarnación cuando entraron en el portal—. Iré delante pa que no te tropieces.

—No enciendas. A oscuras conoces la casa, ¿verdad? Pues yo me cojo a ti, me agarro a esta cintura y subimos juntos, muy juntos, sin que los vecinos se enteren de cómo llegamos a la gloria.

A oscuras subieron, tanteando los escalones, repretados uno a otro, guiándose con las manos para ganar el corredor, y con los alientos para cuajar el beso.

41
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III

A zorrazo limpio con muebles y cortinas andaba Encarnación, mientras en la alcoba dormía Tomás el sueño borracho de una «juerga» corrida por él en la noche anterior, juntamente con *el Susini* y otros sujetos de su estofa, que toparon al joven en el Café de San Millán, donde consumía, con Alejandro Nava, dos artículos de «final imprevisto» que les pagara don Elías.

Fué aquella verbena la de San Cayetano. Los artistas, luego de recorrer las calles del distrito, al pretexto de estudiar tipos y costumbres, al fin real de codearse con las de rompe y rasga, y de contrastar los méritos de las limonadas que rojeaban en los barreños tabernarios, hicieron alto en el café, llamaron al mozo, y la emprendieron con una tortilla a las finas hierbas y un plato de riñones.

Cenarían en San Millán; después a perderse por

33312

las calles del Madrid viejo, a ir, bajo farolillos de colores y voceo de mercaderes, en busca de aventuras.

Habían recorrido a primera noche la verbena, distrayéndose con los bailes organizados por los vecinos de cada calle o grupo de calles, según la extensión de las mismas, y con los cantares que, a rasgueo limpio de guitarra, entonaban los mozos y mocitas del barrio. También hicieron alto en las buñolerías para contemplar vivas, entre los humos del aceite, las aguas fuertes del señor don Francisco de Goya; los grupos de andante golfería que se arremolinaban junto a los veladores en corte de harapos. Codeándose con la espuma del hampa (concurrència habitual de los piojosos cafetines), descubriáanse familias obreras, burgueses de modesta prosapia que, pechando a San Cayetano, saboreaban las grasientas rosquillas y dejaban ir por sus tragaderos el alcohol matarratas.

Algunas personas de más alta prosapia entraban también en los aceitosos locales. Frente al ocupado por Tomás y Alejandro paró un coche de lujo. De él se apeó una dama que en los veintiocho años frisaría.

Llevaba traje con tendencias al medio paso y rica mantilla de blonda, levantada por una peineta de carey y un ramo de claveles. Bajo los claveles relucían dos ojos pícaros, se respingaba una manolesca nariz y se rasgaba una boca color de sangre, esmaltada con puntiagudos dientecllos. El cuerpo juncal debía ser, desarropado, bello competidor del que Goya regalara a su «Maja desnuda».

La dama era Pepita Valdenebro, perteneciente a una gran familia de la aristocracia española, digna, por los desgarros de su gracia y la libertad de sus costumbres, de aquellas duquesas y condesas que llenaron con sus escándalos la corte de Godoy.

Tenía la dama positivas condiciones de ingenio; pero envanecida con ellas y con la aureola de gracia y desparpajo que le otorgara la opinión, acabó por descenterarlas y pervertirlas, volviendo caricatura lo que debió ser admirable dibujo.

Andaba a lo hombre por saloncillos de teatro, restaurants y tascas de hora última, pitillo en mano y desvergüenza en boca. A los comienzos de su fama repartió su belleza entre el varonío de su gusto; más tarde, en su afán de snobismo, le dió por acompañarse de mujeres a toda perversión aseguibles.

Aquella noche llevaba con ella a *la Palitos*, bailadora de «La Marina», y a dos mozalbetes que bien a las claras pregonaban con sus miradas lánguidas, con sus cimbreos de cintura, con el recogido accionar de sus brazos y con el bermellón extendido por sus carrillos y sus bocas, que no harían competencia a la Valdenebro en su afición por la flamenca del cantante.

— ¡Salud, amigos! — gritó Pepita dirigiéndose a los dos jóvenes y dándoles un apretón de manos —. Me alegro de veros por acá. A la una hemos organizado una juerguecita a la orilla del Manzanares. A puerta cerrada, ¿eh? Ya sabes dónde es, Alejandro. Lleva a éste; no faltéis.

Y echó hacia el fondo del cafetín dando su brazo a

la *Palitos* y escoltada por los jovencitos enclenques, quienes se guiñaron, al pasar frente a uno de los veladores, con cuatro o cinco organilleros que lo usufructuaban.

De estos guiños, y de no acudir a la invitación de Pepita, charlaban Alejandro y Tomás entre sorbo y sorbo de café, cuando entraron por San Millán *el Susini* y sus acompañantes. *El Susini* traía al brazo una guitarra y estaba a medios pelos.

— ¡Calla, Tomás! — dijo —. ¡Hola, don Alejandro! Ya saben ustedes que se les aprecia. ¡Mozol — añadió —. ¡A ver, tráete aquí un ponchel En ponchera grande y con te de la propia China y limones de Murcia y una sin deslazar de Domech extra. Acá estos dos títulos y yo no lo gastamos menos, tropezando compañía tan *súper*.

— ¡Rumboso estás!

— ¿Qué quieres? Han venfo bien los negocios. Se vive como se puede, Tomasito. La verdá es — siguió con acento entre ironías vibraban dejos de amargura —, la verdá es que sí mis señores padres y mis conocimientos saben que ando en malitos pasos, se van a llevar un disgusto. ¡Mia tú mi padre, que es capaz de falsificar la luna y metértela por la alcaaba a las doce del día! Pues ¿y mi madre? Mechera la infeliz: no hay comerciante que no la tenga en su partía doble. De mis conocimientos, salvándoles a ustedes, no hay cosa que hablar. Vamos, que es muy raro, pero la mar de raro, que habiendo nació de los que yo nací y habiéndome criado con quienes me

crié, no saliera con vocación de santo o de hermanita de los pobres.

Era mozo despierto y simpático *el Susini*; había en su alma un bello fondo de bondad. Tal vez en otro ambiente, aquella bondad y aquel ingenio hubieran producido un sér útil y honrado. De ahí la queja inconsciente que entre burlas formulaba su boca. Aun dentro de su perversión, la protesta contra la injusticia social se estremecía en su alma. Las mismas plantas, cuyas semillas sembró el aire junto a charcas inmundas, protestarían de su condición enfermiza, a tener voz y gesto. Tal vez son quejas, que a voz y gesto substituyen los suspiros que da el aire en sus tallos y las contracciones que retuercen sus hojas.

— Bueno — dijo *el Susini*, encarándose con los alumnos de escritor —. ¿Qué programa se traen ustedes?

— Aguardar a que sea más tarde — le contestó Alejandro —; meternos en cualquier «chuletín», y al crepúsculo, con mozas o sin ellas, pero con la mente perdida en la nebulosa del alcohol, tornar a la verbena, para beber su impresión última, para recoger las manchas de goce canalla que a tales minutos albarinos emergen de la sombra.

Los compañeros del *Susini* admiraban con la boca abierta y los ojos fuera de sus órbitas el énfasis fraseológico del señoritín melenudo.

— ¡Contra, si sabe este gachól! — dijo uno de ellos al oído del otro —. Yo me queo en ayunas cuando habla; pero ¡mia tú que se explica de buten!...

—Yo estoy achicao, jambo — respondió el otro —. No me atrevo a mover la «mui» por no meter la pata.

El Susini, más hecho a la retórica alejandrina, encogió los hombros y exclamó al terminar Nava su discurso:

— Ese programa no sirve ni pa un Guiñol del extrarradio. Mi programa se trae más cosas, y si quieren ustés verlas vénganse con nosotros, pero que ahorita mismo, en cuanto que pague éste ponche y la cena.

— La cena no — dijo Tomás —. Esa la pagamos nosotros, porque la hemos pedido.

— Esa la pago yo, porque tengo aquí este Veragua — interrumpió *el Susini*, enseñando un billete de mil pesetas — y voy a gastarlo con ustés aquí y adonde nos metamos con dos cochecitos de gomas.

— ¿A qué sitio nos van a llevar esos coches?

— A las Cambroneras. Al barrio gitano; a la taberna del *Empalmaa*, pa que gitanos y gitanas se hartén de chocolate y nos toquen y nos bailen y nos diviertan diquíá que se caigan reondos, y al *Empalmaa* se le arrematen un barril de Sanlúcar y unos embuchaos y unos perniles que tiene en su bodega a la espera de que los saquen a la luz buenos mozos con sé, con hambre y con jayeres.

— ¿Jayeres es dinero, verdad? — preguntó Alejandro.

— Cabalito — dijo un consorte del *Susini*.

— Gracias por la dádiva de ese nombre. Es el

único que no he puesto en circulación para pedir prestado. Lo emplearé en el primer caso que advenga. Por mí, a las Cambroneras: saborearemos en su propia tinta, es decir, en su piojera propia, a esa raza que, según los peritos, viene de la India, en inmediata descendencia de Siva o de Manu. En esto andan los orientalistas discordes.

— No conozco a esos puntos — repuso *el Susini* —; pero ¿se acepta el viaje?

— Por mí — dijo Tomás —, aceptado. Siempre es algo bravío que meterse en la imaginación.

— Pues alza, *Pichango*, tráete dos «manuelas» de confianza. Ahí, junto al Pilar, tienen punto *el Carrete* y *el Guirindaina*. Si están con «alquila», alvíate pa acá con ellos.

Salían del café, cuando tropezaron a Pepita, que descendía de su coche. Enterarse la Valdenebro del objeto de la excursión y querer formar parte de ella, fué uno.

— ¡No faltaría otra cosa sino que me privara del placer de ese cuadro! A ustedes me reuno; ya pueden despedir un coche; con el mío y el que se quede basta para los que hemos de ir. Tú, *Palitos*, no vienes. Una mujer entre tantos hombres hace mal avío. Te vas a tu casa. Que te acompañen éstos. Tampoco ellos tienen qué hacer en las Cambroneras; los gitanos son muy salvajes y no entran por mixtificaciones. Tomad esa «manuela», la que no nos sirve; dad una vuelta a la verbena, y hasta mañana en el «cantante». Iré por la noche; que me guarden el

cuartito de siempre. Ahí va, por si hace falta — añadió abriendo su bolsón de gamuza y entregando a *la Palitos* un billete de cien pesetas.

— Chavó — le dijo *el Pingacho* al *Susini* mientras embarcaban *la Palitos* y los caballeres —, el bolso de la gicha es talmente el *Crédí*.

— Pues has cuenta — respondió el preguntado — de que no tiés dengún cheque a cobrar. Esa señora es de la reunión y hay que portarse como unos cabayeros. Transmite la noticia al *Pollo* pa que no se escurra de manos.

— Nosotros cuatro — dijo Pepita, refiriéndose a ella, al *Susini*, a Tomás y a Alejandro — cabemos en mi coche. Estos dos que echen detrás con su «manuela».

— Mejor será que eche la «manuela» delante — interrumpió *el Susini* sentándose junto a la dama —. El cochero de usted, señora marquesa, no conoce estos andurriales. *El Carrete* sí los conoce; ¡como que es de la raza! ¡Tira alante, *Carrete!*

Calle de Toledo abajo hasta ganar la Ronda y esquinarla para meterse en el barrio gitano, fueron los vehículos, semialumbrados por los escasos farolillos que la Ronda salpican, a oscuras al echar por un camino en rampa que los caballos subieron penosamente, a golpe de fusta. La marquesita, en el histórico desconcierto de su imaginación, se retrotraía a los fines del siglo XVIII, juzgándose una de aquellas livianas linajudas que en compañía de artistas y abates, de toreros y chulos iban a la orilla del Manzana-

res, para darse en la Casa Puerta al disfrute de sus lascivias. No era un Pepe-Hillo el hombre que a su vera posaba; pero sí era, de creer a Alejandro, un Candelas, un trasunto del legendario bandido madrileño que llenó romances y novelas con sus estupendas hazañas; un tipo nuevo, un ejemplar desconocido en la colección varonil que había pasado por Pepita. No desaprovecharía su tropiezo con él. Aparte la novedad, el heredero de Candelas encendía la sangre a la aristócrata con el mirar gachón de sus ojos. Tampoco le pareció al *Susini* mal juego el que podía entablarse con aquella juncal señora que, repetándose contra él, le metía por las narices el perfume de exquisitas esencias.

La conocía por su fama; sabía que era capaz de todos los arrestos, y no dudó, pidiendo disculpas a la obscuridad, en dejar ir su mano al largo del asiento, hasta rozar con otra mano que por el asiento resbalaba. La mano prócer no huyó el roce de la mano ladrona, al contrario, sus dedos gatearon por la piel del bandido y una suave presión incendiaba los nervios de éste cuando hicieron alto los coches frente a la tasca cambronera.

Dos gitanos medio borrachos se acodaban en planta de oradores, frente a un jarro de vino; otro roncaba sobre un banco; una mujer de pelo cano y una moza de cara picaresca, hija y mujer del *Empalmaa*, asomaron por entre una puerta vidriera al atisbo de la forastera parroquia. La gran lámpara central, pendiente del techo, no ardía. Un velón, chisporroteando

encima de la mesilla que usufructuaban los borrachos, era única luz en la taberna.

Debía ser *el Susini* parroquiano de gran respeto, porque *el Empalmaa*, tras encender sin auxilio de silla, gracias a su inacabable estatura—a ella debía el mote—, la lámpara central, dijo a su cónyuge que preparara el cuarto grande, e invitó a los recién llegados a una caña de manzanilla «en pie, a la vera del mostrador, mientras aviaban lo de adentro». A más, envió a uno de los gitanos en busca de la gente que había de entretener la «juerga».

—Tó el barrio acuirá—añadió el tabernero—. A los olores del jamón y del chocolate no quean en estas Cambroneras persona bajo colcha y perro sin menea de rabo.

El cuarto grande era mayor que la taberna; lo amueblaban una mesa larga de pino, seis frailunos sillones, un diván de reps, donde era prudente no asentar por reverencia a los parásitos que entre sus pliegues anidaban, y una docena de sillas de Vitoria. Las paredes se decoraban con anuncios de ferias y con ilustraciones de periódicos taurinos. En ellas campeaban todas las suertes del toreo y los retratos de *Frascuelo*, *Lagartijo*, *Guerrita*, *Fuentes*, *Bomba*, *Machaquito*, *Vicente Pastor*... Aparte, en marco dorado, a todo honor, sin duda por ser de la «raza», aparecía la imagen del *Gallito*.

Cubierta la mesa por blancos si no ricos manteles, puestos encima de ellos platos y cubiertos y copas, entró *el Empalmaa* con seis botellas de Sanlúcar y

dos fuentes desbordantes en lonchas de jamón serrano y rajas de embuchado que acusaban el extremeño nacimiento por las cédulas de su olor.

Arribó la gitanería antes de que previnieran en la cocina el chocolate y las rebanadas de enmantecado pan. Entraron al cuarto grande los bailarines, cantaores y tocaores que habían de componer la zambra, y quedaron fuera, por orden del *Empalmaa*, árbitro de la tribu, al husmeo de un zaque que el propio *Empalmaa* destapó, los padres, hermanos, frutos infantiles y parientes más o menos remotos de quienes dentro aposentaran sus cuerpos de recocado barro. La hija del tabernero ocupó en la sala preferente lugar, por maestra en baile y en ciencia cantarina.

Fué pintoresco el cuadro que ofrecieron a Pepita y a sus acompañantes aquellas mujeres trajeadas de colorines y aquellos hombres vestidos con corta chaqueta y campanudo pantalón. Lucían ellas en sus moños azabachinos, peinetillas rojas, azules, anaranjadas, verdes... Mostraban ellos los carboneros tufos bajo el ala de los sombrerotes redondos. A la distracción de los convividores esforzaban el gracejo de su palabrería, el gesticuleo pícaro de sus rostros, el destaque sobre los cobres de su tez de los bravos y apasionados ojos, de las iguales y blancas dentaduras. Aseguran los zahorís, contra la opinión de los sabios, que no de la India, del Egipto proviene la gitanesca raza: a fe que mirando el grupo reunido en la taberna cambronera entrábase en ganas de concederles la razón. Arrancados parecían aquellos perfiles a las

pinturas del antiguo Egipto paternal. Ciñeran los hombres arreos de capitanes faraónicos, empuñarían arcos y flechas, y fueran trasunto de los guerreros que ayudaron en sus conquistas a los reyes de la sagrada Themis. Trajeadas las mujeres con flotadora y corta túnica, recogida sobre sus cabezas una tela de colores brillantes y puesta una flor de loto entre sus manos, fueran redivivas imágenes de las copthas que duermen el jeroglífico sueño de la muerte a la sombra de las Pirámides. Aun sin tales prendas arqueológicas, ofrecían a las pupilas un pintoresco y bravío espectáculo.

Más lo fué cuando rasgieron las guitarras y subieron al espacio los cantares «cañís», quejumbrosos, acariciantes, con dejos lascivos que finalizaban en temblor suave de caricia; con dejos dolientes que en triste suspiro remataban; con vibraciones arrogantes, donde se crispaban la amenaza y el reto. Vino después el baile, ese baile en cuyos giros la hembra parece, todo a un tiempo, entregarse en manceba y defenderse en tigre; ese pasco lujurioso que realiza la bailaora en torno a la mesa, con el busto encorvado, los cabellos descolgándole por la nuca, las manos en flexión contra el moño y los pies golpeando sobre la tarima con rítmico y sensual pataleo. Con palmas acompañaban las gitanas música, canto y danza, con sus largas varas los gitanos, todos con sus ¡olé!, muchos con sus lágrimas; algunos desgarrándose las camisas, mesándose el cabello, retorciéndose en frénético espasmo: visión poética y salvaje, que el humo

de los cigarros envolvía como una niebla. Por entre aquella niebla chispeaba el Sanlúcar, cayendo desde las botellas a las cañas en lluvia de topacio.

Estaba próxima la aurora cuando abandonaron la taberna. Al llegar a la Plaza de la Cebada se despidieron de Pepita, no sin darle tiempo de decir al *Susini*:

— Travesía del Reloj, número ***. Es mi apeadero. El sereno se llama Antonio. Pregúntale por mí y te abrirá.

*
*
*

El cansancio de la gitana zambra dormía Tomás en su alcoba de la calle de los Dos Amigos, mientras Encarnación arreglaba las restantes habitaciones a golpe de zorros, pases de plumero y vaivenes de escoba.

Iba para dos meses que vivían juntos, subviniendo Tomás al gasto de la casa con el producto de sus copias, traducciones y artículos, ayudándole Encarnación con su oficio de cigarrera, que desempeñaba en el domicilio a gusto de una buena parroquia.

Hízose aquel ayuntamiento sin que ninguno de los dos pusiera en hacerlo voluntad y propósito.

Tomás, atraído por las gracias de Encarnación, no hallaba minuto para apartarse de ella cuando, a horas altas de la noche, pensaba en retornar a casa de su madre. Le retenían aquellos ojos besadores, aque-

llos brazos que a su cuello se repretaban, aquella voz mimosa que murmuraba dulcemente a su oído: «¡Aguarda un poquín, no te vayas! ¡Aguarda unos segundos más!»

No se iba; y unas noches porque ya era muy tarde, otras por dormirse contra intención, muchas por emperezarse despierto, fueron incontables las en que veló doña Dolores esperando inútilmente el regreso de suhijo.

Encarnación sentía por Tomás un afecto en nada semejante al que otros hombres le inspiraron. Habla el poeta un lenguaje nunca por ella a sus predilectos oído; tenía arrogancias y dignidades desconocidas por los amantes a quien ella gratis se diera. Los organilleros, torerillos, tahures y encanallados señoritos que fueron sus cortejos; los que gastaban en cafés y tabernas el dinero del querido oficial, nunca preguntaban a Encarnación dónde iba o de dónde venía, con tal de que sus idas y vueltas trajeran a sus bolsillos plata. ¿Celos del «pagano»? ¿A qué ni para qué sentirlos? Hasta oficiaban de consejeros cuando de aceptar, escoger o substituir «paganos» venía la ocasión. ¿Celos?... Por otro de su índole les sintieran los chulos. Podía quitarles el puesto, al menos partir con ellos la ganancia. Esto sí era grave y digno de represalias matonescas. ¿Lo demás?... Modos de vivir, obligaciones del oficio, cosas ante las cuales se hace la vista gorda o se encogen con indiferencia los hombros.

Tomás, ni en su lenguaje, ni en sus ideas, ni en

sus procederles tenía sombra de semejanza con aquella gentuza.

Aun recordaba Encarnación cierta noche en que, a los comienzos de sus amoríos con el mozo, fué cortejada por un ricachón y estuvo a punto de aceptar el envite y dió a Tomás del cortejo noticias.

El joven se dirigió a ella con los ojos amenazadores y los puños en alto.

— No te estrello contra la pared — dijo —, porque eres inconsciente, porque no me conoces, porque no sabes con quién tratas. No te estrello, porque no es de hombres golpear a mujeres; pero me voy de esta casa para no volver más. Acepta esos ofrecimientos, si ellos son de tu conveniencia, y haz al mismo tiempo una cosa: no te acuerdes de mí. Para menesteres tan bajos, busca otro. Ni vivo del bolsillo ajeno, ni parto la querida.

Deteniéndole por la americana; tirando de él, que al querer desasirse la arrojó por tierra de bruces, asíóse Encarnación a sus piernas y gritó sollozando:

— ¡No te vayas, Tomás de mi sangre! ¡Por mi madre, no, por la tuya, que es mejor que la mía, no te desepares de mí!... ¡No haré ná, no querré ná más que lo que tú quieras, lo que me mandes tú!... ¡Pero no te vayas!... ¡Quédate! ¡Seré pa ti, pa ti solo!... ¡No me dejes, rey mío!... ¡No me abandones, entrañas de mi cuerpo!...

Fué así, entre lágrimas, entre caricias, entre apasionados balbucesos, como obtuvo su perdón aquel día. Y fué redoblando caricias y apasionamientos, de-

mostrando con hechos un cambio total de conducta, como un día tras otro apretó los lazos de la intimidad amorosa, hasta que Tomás decidió vivir en la calle de los Dos Amigos y dejar a su madre.

¡Cuánto lloró doña Dolores! Ya se lo temía, ya se lo daba por más o menos próximo el proceder de su hijo, sus nocturnas ausencias, su vivir a lo pícaro, que algunas veces le condujo al materno hogar con el cerebro embrutecido, la lengua estropajosa y el respeto desarrendado.

—¿Vas a dejar sola a tu madre?—preguntó la anciana a Tomás, al comunicarle éste su resolución de abandonar el domicilio.

—No lo atribuyas a falta de cariño. Es que, contra todo mi deseo, resulto una carga para ti. Te sacrificas por mi culpa...

—No mientas. Ten siquiera, malos o buenos, el valor de tus actos. Te marchas con esa mujer y por esa mujer. ¡Hablas de sacrificios y no temes imponerme el mayor!... ¡Dios no quiera que tornes a mi casa con la desesperación en la conciencia y con la vergüenza en el rostro! Vete y sé feliz. Estas puertas se abrirán cuando llames.

—¡Madre!...

—No hablemos más. Son cosas muy agrías las que se me vienen a la boca, y no quiero afrentarte.

Sin una lágrima, sin un llamamiento, abrió la puerta y miró partir a Tomás. Cuando éste se perdió en los tramos de la escalera, dejó caer doña Dolores el picaporte, retrocedió de espaldas hasta el gabinete,

presidido por el retrato de su esposo, y arrodillándose frente a él, exclamó:

—¡Hijo de mi vida! Le pierdo ¡y se pierde!...

*
**

Meses hacía desde entonces la tarde en que Tomás, despertando al obscurecer, se incorporó sobre su cama y gritó con voz ronca, entorpecida aún por las libaciones de la bacanal gitanesca:

—¡Encarnación!... ¡Hazme café!... ¡Calla! —dijo luego—. Es de noche. Ya no puedo ir a la casa editorial donde por recomendación de don Elías van a encargarme la traducción de esa novela. ¡Maldito Sanlúcar!... ¿Queda en el chaleco dinero?

— Dos duros.

—Pues avíate. Nos daremos el lujo de una horita de coche y de fresco. Esta alcoba es un horno. ¿Has preparado cena?

—Sí.

—Guárdala. Mañana nos servirá de almuerzo. Esta noche cenaremos por ahí. Por supuesto, en cuanto cenemos, a casita. Hay que madrugar. Tengo un artículo comprometido para *El Tabano*. Además, la novela por cuya traducción cobraré treinta duros. ¡Treinta duros! Son dos tomos de 250 páginas. Ni a perro chico me sale la cuartilla. En fin, siempre son ciento cincuenta pesetas y el nombre de uno sobre

la cubierta del libro. Eso da sus miajas de cartel. Nada, que las juergas finaron. Desde hoy, cambio total de vida.

Siempre eran iguales sus propósitos; cada vez menores sus energías para realizarlos. Todavía flotaban por su imaginación las gloriosas imágenes con que soñaba al entrar en Madrid; pero flotaban entre nieblas, más confusas, más imprecisas cada vez. Hasta encogía desdeñosamente los hombros cuando estas imágenes le dirigían interrogaciones agrias censurando su cobarde pereza.

El ambiente que rodeaba a Encarnación, al que ella, fuera parte su fidelidad amorosa, no se había substraído; al que tampoco la substrajo Tomás, envolvía a éste poco a poco; resbalando sobre su conciencia, sin ruido, se enroscaba a ella con suavidades reptiles: labor de pulpo que desliza mimosamente sus tentáculos en la piel de la víctima para aprisionarla a traición y absorberla con sus mil hocicos-ventosa.

Durante los meses primeros de su vida en común, Tomás se apartaba poco de Encarnación, recibía en la casa con ella a sus amigas antiguas, o formaba con éstas y con sus amantes tertulia en la taberna de la Paca. Muy de tarde en tarde concurría al Café de Lisboa para departir con sus compañeros de cenáculo; daba preferencia al *Susini* y a sus apreciables consortes. A punto del alba separábase de tan deplorables compañías, para despertar casi al anochecer, dominado por una invencible pereza, por una

repugnancia invencible también a toda labor y a todo esfuerzo.

Aquella tarde, mientras Encarnación remataba el tocado de su persona, asentó el joven frente a la mesa de trabajo, al objeto de dar fin a un artículo que la tarde última comenzara para las columnas de *El Tábano*.

— ¡Nada, que no puedo, y no puedo! — dijo tras breve lucha con las retachadas cuartillas—. Quede para mañana el artículo con sorpresa. ¡Acaba ya, mujer! Cenaremos en casa de la Paca. A última hora van el *Susini* y la Ramona. Les acompaña un cantaor de Utrera. Habrá sus miajas de jipíos y toque. Échale aguardiente al café, a ver si me saca la imbecilidad de los sesos.